

# ***Prensa y movimientos sociales***

**Rodrigo Aramendi**

aramendi@perio.unlp.edu.ar  
UNLP, Argentina

**Paula Gonzalez Ceuninck**

lgonzalez@perio.unlp.edu.ar  
UNLP, Argentina

---

## **Resumo**

Ciudad, sociedad, circulación, política, ideas separadas que se habían pensado como complementarias desde que la modernidad planto su bandera. La ciudad debió ser entendida como el escenario donde el trabajo, la vida privada, y "lo público" se entrecruzaban y construían la metrópolis: con sus lógicas, sus apropiaciones y sus prácticas. En la ciudad las sociedades modernas construyen sus sentidos. En la interacción y en el intercambio de símbolos, sus prácticas cobran sentido. Elementos que en apariencia no generan intercambio, en lo urbano funcionan como redes de acción: la protesta de un grupo sindical, que aparentemente rompe con el orden necesario, es leído en la ciudad, hoy, como parte naturalizada de las relaciones de poder.

Ciudad, sociedad, circulación, política, ideas separadas que se habían pensado como complementarias desde que la modernidad planto su bandera. La ciudad debió ser entendida como el escenario donde el trabajo, la vida privada, y "lo público" se entrecruzaban y construían la metrópolis: con sus lógicas, sus apropiaciones y sus prácticas.

En la ciudad las sociedades modernas construyen sus sentidos.

En la interacción y en el intercambio de símbolos, sus prácticas cobran sentido. Elementos que en apariencia no generan intercambio, en lo urbano funcionan como redes de acción: la protesta de un grupo sindical, que aparentemente rompe con el orden necesario, es leído en la ciudad, hoy, como parte naturalizada de las relaciones de poder.

El mismo día en que nacía la ciudad como ordenadora de la nueva vida humana, nacía un espacio de protesta, un lugar donde se podría hacer visible lo "otro".

Hoy en día el espacio urbano se inscribe en una tensión evidente, la protesta social enfrenta al Estado. Lo urbano se reconstituye desde esta extraña dicotomía: su esencia planificada, ordenadora, de desarrollo, y contención; y su esencia real, conflictiva, ruidosa, excluyente.

¿Pero a partir de que fenómeno la ciudad ha podido unir prácticas aparentemente desasociativas?

En primera instancia habría que pensar como se construye el intercambio simbólico en la ciudad. Esto es, pensar como elementos en apariencia atómicos como los individuos, construyen un escenario de lo "real" que los comunica. A este fenómeno lo podemos llamar: mundo imaginario. "Las representaciones que

enfocamos fueron en general creadas para comunicar ideas y transformar la conducta humana. Podían servir a sectores previamente contruidos, satisfaciendo necesidades y aspiraciones existentes, o contribuir a la construcción de identidades nuevas - de unificar como en el caso de las identidades nacionales o metropolitanas, o dividir, como en las identidades basadas en clase, género o etnia".<sup>1</sup>

La sociedad esta permanentemente alterando sus simbolismos, primero a partir de la lucha política que se produce en su interior. Diferentes grupos políticos que luchan en el plano simbólico por sus ideales. Además de la lucha generacional, profundizada por las nuevas tecnologías. Y por luchas cotidianas, temas del mundo de lo privado que generan interés público y producen llamados de atención: maltrato de mujeres, casos policiales, etc.

"Habitar es narrativizar. (...) Hay que despertar las historias que viven en las calles".<sup>2</sup>

Los grupos hegemónicos plantan su bandera discursiva desde la capacidad de "sonar" públicamente, de hacerse oír. Generando los discursos más emitidos por los aparatos de difusión (medios de comunicación, familia, educación, ley), más sonoros en el campo de la ciudad, y más escuchados, no por que se les preste mayor atención necesariamente.

Los otros, los de menos y menores recursos estratégicos, disputan contra el ruido.

El territorio urbano termina siendo una síntesis compleja y conflictiva de este gran sonido "ordenado" y los muchos susurros producidos por los grupos que quedan de una u otra forma excluidos de esas verdades autorizadas.

Pensar el conflicto social, que es parte central del orden urbano, es pensar los ritmos, los sentidos y los imaginarios de la ciudad: la ciudad es un continuo movimiento, una lucha constante. Su identidad es esencialmente vorágine.

Se puede oír a los susurros desde muchos lugares. Desde lo que dicen ellos de la "realidad". Desde los que redicen lo que dicen, los grupos de control. Desde lo que se construye en los medios masivos de comunicación (que son propiedad de los grupos de control, pero que a su vez, terminan siendo el espacio más permeable a nuevas representaciones de la realidad). Desde los intelectuales que hablan de ellos, y de los otros, de su interacción, de sus diferenciaciones y de su negociación.

Casos como lo sucedido en Francia durante el último mes de marzo, en donde los jóvenes y la clase obrera se reencuentran para luchar simbólicamente, ganando las calles, visibilizándose, en contra de las nuevas reglas de empleo. O el caso, también francés de octubre/ noviembre de 2005, cuando los suburbios parisinos se hicieron visibles desde las llamas de los autos incendiados.

En este trabajo se busca pensar el análisis desde un lugar de interacción: lo que dicen los intelectuales desde los medios de comunicación. Qué recorrido se construye de la relación entre Estado y sociedad civil en la Francia de. Qué se dice desde estos lugares de pensamiento reflexivo de la lucha contra la Ley de Primer

---

<sup>1</sup> Margarita Gutman y Thomas Reese. *Buenos Aires 1910, el imaginario para una gran capital*. Eudeba.

<sup>2</sup> Michelle de Certeau (1999)

Empleo. Cómo se piensa a la nueva Europa (unida en lo económico comercial, dispersa en lo político, en transformación social).

En definitiva, reflexionar sobre el espacio público urbano como escenario de conflicto.

“El avance de la privatización no puede ser disociado del proceso de reconfiguración de la relación entre lo público y lo privado que fue registrándose desde fines de los 70. (...) Es necesario poner el acento en las consecuencias que tuvo el proceso de desafección de la vida pública y el consiguiente repliegue de la esfera privada. (...) El rol protagónico de las nuevas clases medias (feministas, estudiantes, ecologistas, regionalistas) como portadoras de los considerados valores posmaterialistas, referidos a la calidad de vida. (...) En este marco de privatización, el proceso de fuerte mercantilización de los valores posmaterialistas aparecía como inevitable y sus consecuencias, impredecibles, más aún si tenemos en cuenta que su estandarización y posterior condensación en nuevos “estilos de vida” sería realizada en consonancia con las nuevas pautas de integración y exclusión del orden neoliberal”.<sup>3</sup>

Una nueva organización social que interpela a los actores políticos, culturales y sociales, reordenando a las organizaciones estatales, se planteo en la histórica ciudad de Paris primero y en el resto de Francia después. Un movimiento heterogéneo que se enfrenta a la ley política.

La ciudad no aparece entonces como un escenario del orden y el progreso moderno, interrumpido por problemas. ES un espacio de debate, enfrentamiento simbólico y material, de lucha social. La ciudad esta en movimiento, no es un mero lugar de exposición.

Las prácticas sociales actuales giran en torno a esta situación de conflicto, sus actores están permanentemente tomando posición, los medios de comunicación la miran, la interpelan y la construyen. La sociedad define su ciudadanía (no civil, sino social) desde esta óptica, desde el enfrentamiento.

Como entender que sucede en el espacio publico francés a partir de los levantamientos que se generaron a fines de 2005 en los suburbios de las grandes ciudades de ese país (Paris, Lyon, Burdeos, etc.) y a su vez también mirar las grandes protestas y molizaciones de los estudiantes y trabajadores en torno a la oposición a la Ley de Primer Empleo, en 2006.

Primero que nada un elemento a tener en cuenta es el alto grado de movilización de la población francesa, y a su vez, la defensa de estos a cierta protección del “Estado de bienestar francés”. Tanto la primera gran revuelta como esta última tienen características que las hacen similares. Es por eso que hoy las podemos estar analizando conjuntamente. Cuando miramos los recorridos de las protestas confirmamos la existencia de una sociedad civil sujeta a cambios, de los cuales muchos los están dejando fuera de ese espacio público institucionalizado que tanto los había contenido.

Las revueltas que surgieron en Francia entre noviembre y diciembre de 2005 tenían como protagonista a jóvenes habitantes de los suburbios de las grandes metrópolis. Precisamente, después de la detención de

---

<sup>3</sup> Maristella Svampa, *Las nuevas urbanizaciones privadas*.

algunos jóvenes franceses hijos de inmigrantes en uno de estos barrios, y la difusión por parte de la prensa de que uno de ellos había muerto a manos de la policía.

Así y después de estos sucesos, jóvenes organizados salieron a las calles y respondieron con protestas violentas quemando coches, atacando negocios, autobuses y principalmente alzando la voz sobre el interés del Estado en perseguirlos por la condición de ser hijos de inmigrantes, y por sobre todas las cosas, constituir una nueva categoría de "pobres urbanos". Una doble marginación, económica y étnica.

Vale destacar que estos suburbios están ubicados en las afueras de las grandes ciudades francesas y en ellos habitan familias que viven allí desde hace más de treinta años.

Estos barrios fueron construidos por el Estado, que hace 30 años tenía otro rol en la vida de los ciudadanos franceses.

Había un Estado más presente que en definitiva fue el que les dio a esas familias un lugar donde vivir y un nuevo espacio a ocupar, barrios que en muchos lugares suelen denominarse "ciudades dormitorios", por que allí sus habitantes sólo residen, mientras que trabajan y consumen en la ciudad cabecera. Estas barriadas surgen además como respuesta de contención a un nuevo ciudadano que sin la ayuda del Estado no podría tener vivienda propia. Este nuevo ciudadano es el inmigrante que llega para quedarse en una Francia que lo permite, que los necesita y que además cuenta con un Estado protector, desarrollista y guía de sus ciudadanos.

Ahora bien, la realidad que hoy viven esos poblados es muy distinta de su fundación. Por un lado el estado ya no tiene aquella presencia y entre otras cosas, los vecinos de estas barriadas se quejan de la ausencia de este: por ejemplo, después de las doce de la noche no hay más servicio de autobuses; o la ausencia de políticas de salud para los barrios, así como también el descuido y el estigma que en definitiva se construye sobre vivir en un barrio así.

Y principalmente aquellos que hace 20 o 30 años se fueron a vivir allí a su primer piso hoy tienen hijos adolescentes que no tienen acceso a educación, y mucho menos al trabajo.

Estos jóvenes no tienen contención por parte del Estado que esta ausente en su vida cotidiana y que además casi no los reconoce como franceses.

Entonces aquí nos tenemos que detener en uno de los reclamos que más se escucharon y se leyeron en los comentarios políticos de los principales diarios del mundo: la idea de que estos jóvenes pueden ser musulmanes, pueden tener otro color de piel, pueden ser pobres, pero en definitiva son franceses. Ellos son hijos de inmigrantes, pero son franceses y reclaman tener los mismos derechos que el resto de los habitantes de ese país. Y sin embargo eso no sucede, están inclusive estigmatizados por vivir allí.

Tal vez prestando atención a este discurso podamos entender por que ese levantamiento duro más de diez días y consiguió que la Opinión Pública francesa, europea y mundial hablara del tema.

En varias columnas políticas, ya sean escritas por periódicos de derecha o de izquierda, escritas por intelectuales de derechas o de izquierda, se observó una mirada en torno a analizar por que estos jóvenes actúan así, por que ellos no se sienten parte del primer mundo, por que no se sienten dentro de la Francia

actual. Y gran parte de las definiciones tenían que ver con identificar el reclamo en relación al origen de las familias de estos jóvenes.

Es decir, ellos se sienten diferentes por que lo son. Por empezar practican otra religión, sus familias provienen de otro país, de otras culturas.

Lo que está sucediendo con ellos es que nunca se habían sentido parte de Francia, que el Estado y por consiguiente gran parte de la sociedad no los reconocía como franceses. Esto, sumado a la persecución que sufrían según denuncias y según se constata en los últimos hechos que tuvieron lugar en estos barrios, da origen a una movilización que, como mencionamos anteriormente, disparo un gran debate en la sociedad sobre qué está sucediendo con estos jóvenes, cuál era el rol del Estado frente a estos, qué estaba sucediendo con la inmigración y su integración, y en definitiva, tal vez la pregunta que todavía no ha sido contestada, cuál es el futuro de la Europa social en la que durante muchos años Francia fue su principal defensora.

Pero nosotros también desde esta ponencia y a partir de varios artículos escritos en periódicos de Argentina, España y Francia nos queremos preguntar y queremos analizar cual esta el estado del espacio publico francés.

Es por eso que vemos fundamental no separar, sino todo lo contrario, unir las dos rebeliones sociales que se han dado en Francia en el periodo, llamativamente corto, de un año.

Por un lado la anteriormente comentada y por otro la gran movilización de los estudiantes y las centrales obreras por la nueva Ley del Primer Empleo.

Está, como podemos recordar, tuvo lugar a principios de este año y contó con un apoyo y una movilización muy pocas veces vista en los últimos años en Europa. La Ley de Primer Empleo es para los estudiantes y las organizaciones obreras un avance a futuro de una reforma laboral que va a atentar contra los beneficios de los trabajadores. Es la precarización del trabajo.

Para la Izquierda este es un camino que ya vienen recorriendo los distintos gobiernos europeos en función de la desregulación y de la Economía liberal. Y aquí podemos distinguir que nuevamente la discusión de fondo termina siendo el Estado de bienestar europeo abandonado, del cual los ciudadanos franceses han sido uno de sus más importantes defensores. Lo que se vivió en las calles de las principales ciudades francesas fue la expresión organizada de jóvenes (tal vez con distintas características a aquellos de los barrios periféricos) para detener esta ley, pero principalmente para ponerle limite a los avances del gobierno de Chirac. Y allí también nos encontramos con una sociedad muy movilizada. Con jóvenes y obreros unidos para, dentro de ese espacio público poder reconocerse como defensores de las conquistas alguna vez alcanzadas y que ahora la ley del más fuerte quiere quietárselas.

Hay sin dudas una movilización capaz de entender que es lo que esta pasando en Francia, capaz de poder ganar los espacio con protestas de estas características y capaz esencialmente de discutir política con el sector hegemónico.

Francia viene de varias expresiones que han dejado al mundo político y a sus socios europeos con la convicción de que algo en esa sociedad viene sucediendo. Primero la gran derrota de la izquierda en las últimas elecciones, quedando estos por primera vez en tercer lugar y dando paso al ballottage a la extrema derecha de Jean Marie Le Pen. Y tiempo después con el NO en el referéndum por la ampliación de la Unión Europea.

Una izquierda que está en crisis, una alianza de derecha, que aparentemente puede seguir gobernando por un periodo más, y una extrema derecha que saca provecho de esta situación.

Una sociedad que se moviliza, que lucha, y que se hace oír.

**Página 12**

Domingo, 02 de Abril de 2006

**OPINION**

*La lucha de clases en Francia*  
*Por Claudio Uriarte*

En mayo de 1968, el cineasta y escritor Pier Paolo Pasolini arriesgó su vida saliendo a repartir volantes proclamando que, en los enfrentamientos callejeros que se vivían, la verdadera "burguesía" estaba constituida por los estudiantes, y el verdadero "proletariado", por la policía. En marzo abril de 2006, otra primavera pero 38 años después, la lucha de clases en Francia se ha resignificado como la clase media estudiantil y sus aliados de la aristocracia obrera y los privilegiados empleados estatales contra los jóvenes marginales de los suburbios que 10 días atrás, para estremecimiento de las buenas conciencias, irrumpieron en las manifestaciones de los chicos 10 para asaltarlos, robarles sus celulares y MP3, sus tarjetas de crédito y golpearlos. Este fue el punto en que dos movimientos sociales –las revueltas de fines del año pasado de los jóvenes musulmanes excluidos de los banlieues, o suburbios de clase baja, y las actuales– se encontraron. Y su encuentro no fue para nada feliz.

Pasolini decía lo que decía en una sociedad opulenta, de desempleo prácticamente cero, donde las nuevas generaciones de universitarios en vías de ser decantados en elite por los principales colegios nacionales iban por más y reivindicaban una voz protagónica en el diseño de su futuro, así como en el de las relaciones sociales y sexuales y las jerarquías familiares y estudiantiles. El resto –"sea realista, pida lo imposible", "debajo de los adoquines está la playa", etc.– era pura estudiantina, aunque su contenido indicara el potente optimismo social de la época. En 2006, en cambio, la nueva lucha de clases en Francia confronta a cientos de miles de potenciales empleados públicos, que tienen miedo a perder sus futuros privilegios, con los jóvenes desempleados de los banlieues que serían los primeros beneficiarios –junto a las pequeñas y medianas empresas– de aprobarse la ley. Por eso las manifestaciones de hace 10 días degeneraron en un espectáculo de lúmpenes vándalos, ladrones e incendiarios. Por eso también la sorpresa. Porque los estudiantes de zapatillas y ropa de marca del Distrito 7 nunca habían visto a un verdadero desocupado.

Por el momento, la lucha de clases en Francia ha dejado al gobierno de Dominique de Villepin en jaque. El soñador y aristocrático primer ministro introdujo la ley a las patadas, sin consultar al presidente Jacques

Chirac, a los sectores sociales ni a sus propios aliados. Su apuesta apuntaba a las elecciones presidenciales del año próximo, donde compite –en estos momentos, y en las encuestas– con su rival derechista Nicolas Sarkozy y la emergente dirigente socialista Segoulane Royal. La idea era bajar dos o tres puntos el pétreo desempleo del 10 por ciento que aflige a Francia por la mayor parte de los últimos 10 años, cantar victoria y proyectarse en línea recta hacia el despacho que hoy ocupa un agotado Jacques Chirac. Pero la Francia “burguesa” de Pasolini estalló en revuelta contra esta reforma comparativamente menor, e inundó las calles en una especie de revuelta del ‘68 ideológicamente rebobinada: antes se hablaba de cambiar, ahora de conservar.

Chirac trató de diluir el viernes las reformas del Contrato Primer Empleo, sacándoles los colmillos del período de prueba por dos años y la autorización a los empleadores para despedir sin indemnizaciones ni justificaciones a los menores de 26 años a quienes apunta la ley. Demasiado tarde, demasiado poco: Francia entera se le rió en la cara, todos dijeron que la sola mención de las palabras Contrato Primer Empleo era intolerable, y que la ley debía ser derogada. Sarkozy, por su parte, se mantuvo desde el comienzo en una helada distancia, acentuando a medida que pasaban los días su desacuerdo con las medidas de Villepin. Royal, por su lado, conservó el elegante y bello silencio que tantas buenas notas demoscópicas le ha deparado –al proyectarse como una candidata ambigua y light, para todos los gustos–, mientras su marido François Hollande, primer secretario del Partido Socialista, volvió al repetitivo tono de denuncia que desde hace tantos años enclaustra a su partido en una oposición importante, pero sin crecimiento, dentro de la Asamblea Nacional.

La autodestrucción de la candidatura de Villepin plantea entonces una perspectiva paradójica, signada por dos posibilidades. Una, que dé el impulso final hacia la presidencia al astuto y carismático Sarkozy, que sin duda impulsaría reformas mucho más drásticas que las de Villepin. Y la otra, que estas reformas mucho más drásticas encuentren una nueva envoltura, más elegante y sexy, en una presidencia Royal, que no por nada ha cerrado la boca durante este período. En ambos casos, la revuelta contra la ley lleva a una ley más dura, y a la Francia burguesa más cerca de su proletarización.

## **Página 12**

Página 12, 05/04/06

*La revuelta francesa, del '68 al '06*  
*Por Michèle Guillemont*

No puedo dejar de reaccionar frente a lo que escribió Claudio Uriarte sobre el movimiento estudiantil y social en Francia el domingo 2 de abril. Su “opinión” ejemplifica perfectamente lo que desde hace una década por lo menos se identificó como la “nueva retórica reaccionaria”: usar y desviar el léxico de los adversarios de la derecha neoliberal... sin vacilar en esta ocasión en apelar a una referencia a Pasolini de 1968... Así, los empleados estatales se convierten en “privilegiados”, los sindicalistas –privados y estatales– en “aristocracia”, los estudiantes en “clase media”. No sé si Uriarte es también un aficionado a “la memoria”: le recuerdo que las leyes que protegen a los obreros, al proletariado –perdón por tantas “palabrotas”– no fueron nunca un regalo de los patrones, sino que se consiguieron con luchas violentas, y se obtuvieron en

particular en 1945, cuando la Resistencia vino a cerrar no solamente el período de la Segunda Guerra Mundial, sino también de la dictadura de Pétain, uno de los períodos más felices de la derecha francesa.

Uriarte rebatirá quizá, como lo hacen los actores de los massmedia totalmente desacreditados, que hay que ser "realista", "pragmático", frente a los defensores de un modelo atrasado: el de querer repartir las riquezas.

Si Uriarte no se identifica con la "clase" mediática defensora del neoliberalismo, no le quedará otra que revisar su opinión, porque parte de una fundamentación totalmente falsa. Primero, los chicos de los suburbios. El estallido de octubre-noviembre de 2005 no se explica por una fractura étnica o religiosa, sino por la pobreza. Y no tener acceso a nada plantea una crisis identitaria profunda: la de cómo integrarse a la comunidad ciudadana. Los que incendiaron y hostigaron a los policías no eran mayoritariamente musulmanes y no todos eran marginados. En el norte de Francia, donde vivo (pero el ejemplo vale para otras ciudades de las provincias), no hay ningún musulmán entre los que fueron juzgados. No porque los musulmanes corran más rápido para escapar a la policía, sino porque los incendiarios eran todos chicos rubios con ojos azules (es el tipo en Lille), sin religión, sencillamente pobres. En los suburbios "postergados", la mayoría de los jóvenes -y en particular de origen norteafricano, musulmanes o no- estudian y van a la universidad. Este es el segundo punto totalmente falso del análisis de Uriarte: la población estudiantil, de 3 millones y no de 300.000, como en el '68, pertenece mayoritariamente a familias de desocupados o empleados. Estos "privilegiados", según el discurso de Uriarte, son becados o asalariados, muy "realistas" ellos por vivir diariamente la "precariedad" laboral. Pero esta juventud estará muy equivocada. ¿Hay algo más burgués que rechazar en una lucha colectiva "contratos" que significan precisamente la ausencia de "contrato", ya que sólo el empleador impone las normas y las condiciones?

Puede ser que Uriarte haya sido motivado por las imágenes brindadas por televisión, aunque me atrevo a esperar que por su oficio aprendiera a descifrarlas y que no se alimente con la sopa "informativa" diaria. El movimiento no opone estudiantes y obreros -públicos o privados- contra chicos de los suburbios.

Los "casseurs" que roban MP3 o celulares en las manifestaciones no son lo esencial de lo que está pasando en la calle. Lo que plantea problema es ver cómo estos "casseurs" son instrumentalizados (muchos pasan sin dificultad los controles policiales), cómo las imágenes de sus destrozos sirven a los periodistas de muy "buena conciencia" que intentan asustar a la clase media despertándole su conocido reflejo securitario.

Hay una rebelión de la juventud en Francia, violenta y desorganizada de parte de algunos, más organizada y pacífica de parte de la mayoría. Será torpe, no le habrá pedido el permiso a la generación anterior, pero está rechazando lo que nosotros, los "progres" entre los 30 y 50 y pico de años, no hemos sabido combatir y con lo que pactamos individualmente, aceptando el sálvese quien pueda. En estas semanas, los huelguistas no apuntaron nada más que a la derogación del famoso CPE (Contrato Primer Empleo). Han hecho el aprendizaje de la reflexión colectiva, del debate y de nuevas formas de lucha para cuestionar la implantación del orden neoliberal. Entiendo que pueda aparecer ridículo en Argentina, donde el mal ya está hecho, donde el arbitrio patronal incita a los asalariados a la docilidad, porque no les queda otra. Acá da esperanza a muchos, a los que no aceptan la "estrategia de Lisboa", adoptada en el 2000 por los jefes de Estado de la Comunidad Europea en cuanto a las nuevas normas por implantar en el mercado del trabajo.

En cuanto al terreno político: es cierto, como en el '68, la crisis francesa puede terminar en el triunfo de una derecha dura. Habrá que ver qué pasa en el 2007: hasta hace unas semanas se temía una segunda vuelta ante Sarkozy y Le Pen. Los jóvenes quieren ir a votar, pero desconfían del trompe-l'oeil social-liberal, como el que le ofrece el Partido Socialista. El movimiento actual obliga a la izquierda a reflexionar y proponer un proyecto. Ségolène Royal [posible candidata del PS a la presidencia] es por ahora la mejor candidata... para la derecha y sus portavoces... los periodistas –como lo fue De la Rúa no hace tanto en Argentina–. Para terminar, invito a Uriarte a interrogarse sobre lo siguiente: los pocos institutos que no entraron en la huelga y no organizaron debates públicos son los institutos de periodismo...

---

Michelle Guillemont y Claudio Uriarte van a reflexionar acerca de los sucesos ocurridos en Francia en 2005 y 2006, basando su análisis en la identificación de los diferentes actores sociales que participaron. De esta manera, tratarán de ubicarlos en diferentes clases sociales y éste será el punto en discusión entre ambas perspectivas. Los mismos hechos con diferentes interpretaciones.

## **Tema: Transformaciones en la lucha de clases**

Claudio Uriarte, en su artículo "La lucha de clases en Francia", publicado el 2 de abril de 2006 en el diario *Página 12*, reflexiona acerca de los cambios en el posicionamiento de los diferentes grupos sociales comparando los hechos de 1968 con las movilizaciones producto del rechazo a la ley del Contrato Primer Empleo, impulsada por el Primer Ministro francés Dominique de Villepin.

Uriarte parte de la hipótesis de que la lucha de clases en Francia se resignificó, comparando el famoso mayo francés del '68 con los sucesos de marzo / abril de 2006. Según él, en el '68 los enfrentamientos eran entre la "la verdadera 'burguesía' (que) estaba constituida por los estudiantes, y el verdadero 'proletariado', por la policía".

En cambio, sostiene que aquella lucha de clases cambió, ya que en 2006 se da entre "la clase media estudiantil y sus aliados de la aristocracia obrera y los privilegiados empleados estatales contra los jóvenes marginales de los suburbios", citando que los últimos irrumpieron en las manifestaciones de los "chicos 10" para asaltarlos. Y dice, "este fue el punto en que dos movimientos sociales –las revueltas de fines del año pasado de los jóvenes musulmanes excluidos de los banlieues, o suburbios de clase baja, y las actuales– se encontraron".

Esta postura se acentúa aún más cuando, unas líneas más abajo sostiene que en 2006 "la nueva lucha de clases en Francia confronta a cientos de miles de potenciales empleados públicos, que tienen miedo a perder sus futuros privilegios, con los jóvenes desempleados de los banlieues que serían los primeros beneficiarios –junto a las pequeñas y medianas empresas– de aprobarse la ley". Y remarca más su postura, diciendo que la sorpresa ante la participación de los jóvenes de los suburbios franceses fue mayor "porque los estudiantes de zapatillas y ropa de marca del Distrito 7 nunca habían visto a un verdadero desocupado". Finalmente, el artículo vira hacia las diferentes posibles estrategias de posicionamiento sobre el tema de los candidatos de cara a las elecciones presidenciales del próximo año. Sin dejar de mencionar que, "la lucha de clases en Francia ha dejado al gobierno de Dominique de Villepin en jaque". Dejando entrever que esta ley le hubiese permitido a Francia (y al propio Primer Ministro) bajar el nivel de desempleo: "Pero la Francia

“burguesa” de Pasolini estalló en revuelta contra esta reforma comparativamente menor, e inundó las calles en una especie de revuelta del ‘68 ideológicamente rebobinada: antes se hablaba de cambiar, ahora de conservar”.

### **Tema: Transformaciones en la lucha de clases**

Michelle Guillemont, en su artículo “La revuelta francesa, del ‘68 al ‘06”, publicado el 5 de abril de 2006 en el diario *Página 12*, propone otro punto de vista sobre la lucha de clases en Francia, e intenta revivir los dichos de Claudio Uriarte, publicados el 2 de abril por el mismo medio.

De esta manera, Guillemont pone en discusión dos de los temas centrales del artículo de Uriarte.

Por un lado, enfatiza que los sucesos ocurridos en octubre-noviembre de 2005, protagonizados por los jóvenes de los suburbios franceses, sólo se explican por la pobreza que aquellos padecen y no por una cuestión religiosa. Y sostiene, “no tener acceso a nada plantea una crisis identitaria profunda: la de cómo integrarse a la comunidad ciudadana”. “Los incendiarios eran todos chicos rubios con ojos azules sin religión, sencillamente pobres”, agrega.

El segundo punto que cuestiona es acerca de la composición social de los jóvenes que acceden a las universidades francesas. Según Uriarte éstos vienen de la clase media. En cambio, Guillemont sostiene que esta premisa es completamente falsa y argumenta que “la población estudiantil, de 3 millones y no de 300.000, como en el ‘68, pertenece mayoritariamente a familias de desocupados o empleados. Estos ‘privilegiados’, según el discurso de Uriarte, son becados o asalariados”.

Luego, incorpora a su análisis la reflexión acerca del rol de los medios de comunicación y cuestionar la manera en que éstos construyen / recortan los hechos. La aparición de los jóvenes de los suburbios en las movilizaciones de los estudiantes universitarios (con el fin de asaltarlos), es el ejemplo citado. Guillemont sostiene que Uriarte estaría dejándose llevar por las imágenes superficiales que muestran los medios de comunicación, ya que según ella, “el movimiento no opone estudiantes y obreros –públicos o privados– contra chicos de los suburbios”. Esos acontecimientos no son para ella un punto esencial en el análisis de los hechos, sino más bien el instrumentos “que intentan asustar a la clase media despertándole su conocido reflejo securitario”.

En cuanto a la comparación de estos grupos de jóvenes con aquellos protagonistas del movimiento del ‘68, la autora del artículo pregonaba que los jóvenes de hoy están “rechazando lo que nosotros, los ‘progres’ entre los 30 y 50 y pico de años, no hemos sabido combatir y con lo que pactamos individualmente, aceptando el sálvese quien pueda”. En este sentido, Guillemont, plantea en su análisis con la lucha por la derogación del Contrato Primer Empleo es un punto más de un “aprendizaje” de formas de organización colectiva en contra del modelo neoliberal.

#### **Viernes 12 de Mayo de 2006**

Numero 127

*Guerra de ideas*  
*Por Ignacio Ramonet*

En las recientes revueltas contra el CPE (Contrato de Primer Empleo) que han tenido lugar en Francia, el entusiasmo y la vivacidad de la calle contrastaron, una vez más, con el desesperante silencio de los intelectuales. Lo mismo había sucedido en noviembre de 2005, con ocasión de las revueltas en los suburbios. Salvo raras excepciones (Jean Baudrillard, John Berger), pocas voces han sabido leer estos acontecimientos en medio de tanta palabrería, develar su profunda significación y proyectarlos en acciones futuras. La sociedad se ha encontrado huérfana de una interpretación pertinente y movilizadora, a riesgo de ignorar sus propios síntomas y volver a experimentar nuevas crisis.

Un intelectual es un hombre o una mujer que aprovecha su fama, adquirida en los campos del arte o de la cultura, para movilizar a la opinión pública en favor de ideas que considera justas. En los Estados modernos, además, su función ha consistido, durante los dos últimos siglos, en dar sentido a los movimientos sociales e iluminar el camino que conduce a más libertad y menos alienación.

Con ocasión de los sucesos mencionados más arriba hemos podido verificar cuánto extrañamos los análisis de Pierre Bourdieu, Cornelius Castoriadis o Jacques Derrida, por mencionar sólo a intelectuales fallecidos recientemente. Ha sido pues la confirmación de esta carencia la que nos ha conducido a concebir un dossier sobre la "guerra de las ideas" hoy en día. Hemos intentado responder a las preguntas que muchos se plantean: ¿Hay todavía referentes intelectuales? ¿Cómo influye en su autoridad la explosión mediática? ¿Por qué al odio, típicamente fascista, al intelectual (cf. Goebbels), o a la aversión que por él siente la derecha estadounidense (Halimi, pág. 19) se yuxtapone una suerte de autodestrucción por exceso de exhibición (piénsese en Bernard-Henri Lévy)? Sin olvidar un interrogante central sobre la manera en que hoy en día, en la edición (los libros/ publicaciones) y en la universidad, los intereses privados contratan a su servicio a pensadores prestigiosos para que libren a su favor la batalla de las ideas.

## **Tema: Los intelectuales**

En su artículo, titulado "Guerra de Ideas" publicado en *Le Monde Diplomatique*, en el número 127 de mayo de 2006, Ignacio Ramonet reflexiona sobre la falta de interpretación sobre temas de importancia social por parte de los intelectuales en la actualidad.

Para hacer su análisis, parte de los hechos acontecidos en Francia en 2005 y 2006 donde "el entusiasmo y la vivacidad de la calle contrastaron, una vez más, con el desesperante silencio de los intelectuales" y sostiene que salvo en algunas excepciones "la sociedad se ha encontrado huérfana de una interpretación pertinente y movilizadora, a riesgo de ignorar sus propios síntomas y volver a experimentar nuevas crisis".

En su artículo, Ramonet postula la importancia del rol de los intelectuales a la hora de analizar los hechos de la realidad (buceando en las causas y consecuencias), como punto disparador de futuras transformaciones.

Ramonet caracteriza a la actividad intelectual diciendo que éstos aprovechan su fama "para movilizar a la opinión pública a favor de las ideas que considera justas... (y) en dar sentido a los movimientos sociales e iluminar el camino que conduce a más libertad y menos alineación".

**Página 12**

*Estudiantes franceses en fase de "bloqueo económico"  
La revuelta no toma vacaciones  
Por Eduardo Febbro*

Ocupaciones de estaciones, cortes de rutas y piquetes en los puentes, los estudiantes franceses continúan en pie de guerra contra el Contrato Primer Empleo. En vez de tomarse un descanso con las vacaciones que se inician este viernes, los estudiantes decidieron mantener encendida la movilización, pero con otros métodos. En medio de ese panorama de desorden generalizado, el primer ministro francés parece ser el único actor de la crisis desatada por el Contrato Primer Empleo que se sigue mostrando seguro del presente y del futuro. Mientras los estudiantes franceses organizaban ayer decenas de acciones comando en todo el país a fin de mantener la presión sobre el gobierno, Dominique de Villepin, en el curso de la habitual conferencia de prensa semanal, recitaba un poético alegato sobre el diálogo social y el ejercicio del poder. El jefe del Ejecutivo excluyó la hipótesis de su renuncia. El rumor había corrido el miércoles en los pasillos de la Asamblea Nacional, pero el premier francés descartó esa eventualidad diciendo: "El presidente de la República me confió una misión y la voy a llevar a cabo hasta el final. El resto es pura especulación y fantasía".

Resulta siempre irrisorio escuchar a los dirigentes políticos del país hablar de una cosa mientras en la realidad ocurre otra muy distinta de la que no parecen estar al corriente. En este sentido preciso, Villepin resaltó que "el inmovilismo, el conservadurismo, los veo cada vez que se acerca una cita presidencial. Y para algunos ésa es la política que hay que aplicar. Pero no es mi convicción. Les hemos prometido a los franceses un año útil y se lo debemos". En lo que atañe a la convulsión actual originada por el famoso CPE que él mismo lanzó, Villepin dejó entrever veladamente que tampoco excluía su abrogación y reconoció que había querido "ir rápido". Sin embargo, en ningún momento verbalizó el retiro del CPE. Más dócil que en otras oportunidades, el dirigente anunció la apertura de tres grandes "consultas" destinadas a remediar el desempleo y la precariedad de los jóvenes. No se trataría de medidas precisas, sino de una serie de concertaciones cuyo meta inicial es precisamente "reanudar el dialogo" con los interlocutores sociales e intentar conocer en qué grado reconocen que "la flexibilidad es un medio necesario para darles trabajo a todos".

Lo esencial no estuvo en las declaraciones pomposas, sino en las calles. Los estudiantes provocaron ayer un gigantesco enredo en los ferrocarriles. Varios cientos de jóvenes ocuparon tres estaciones de trenes de la capital, la del Este, la del Norte y Saint Lazare, y otros tantos bloquearon los accesos al aeropuerto de Orly. En la provincia, pequeños grupos móviles de estudiantes y bachilleres cortaron autopistas, vías férreas y varios puentes, mientras que otros ocupaban distintos locales de la administración y hasta levantaban barreras delante de centros económicos. Los estudiantes quieren presionar al Ejecutivo para que abrogue la ley sobre el CPE antes del 17 de abril. Con esa idea pasaron a la fase de los "bloqueos económicos". Bruno Julliard, presidente de la UNEF (Unión Nacional de Estudiantes de Francia), dijo que estaba "excluido levantar el movimiento en las semanas que vienen". La reunión que los líderes sindicales y estudiantiles mantuvieron con los parlamentarios de la mayoría parlamentaria, UMP, decepcionó a todo el mundo. Nadie

sabe exactamente qué rumbo tomará la crisis ni tampoco qué hará el Ejecutivo. La prensa francesa decía ayer que el aparato de gobierno está totalmente paralizado por la guerra interna entre Villepin y el ministro de Interior, Nicolas Sarkozy, ambos con ambiciones presidenciables. Lo cierto es que, sea en la derecha gobernante o en la oposición socialista, la clase política deja la extraña sensación de que ha pasado a formar parte de una casta a la que no le concierne la sociedad que debe administrar. Los dirigentes electos no dirigen y la oposición no se opone ni contrapropone ideas. En cambio, los actores sociales actúan.

### **Tema: Métodos de lucha: el bloque económico**

Eduardo Febbro, en su artículo titulado "La revuelta no toma vacaciones", publicado en el diario *Página 12* el 7 de abril de 2006, realiza una descripción de las medidas de fuerza que en aquel momento tomaban los estudiantes franceses como protesta al Contrato Primer Empleo. Asimismo, utilizó su artículo para deslizar algunas opiniones sobre la clase política francesa.

"Estudiantes franceses en fase de 'bloqueo económico'", es la volanta de la nota de Febbro. El tipo de medidas que el periodista menciona en su artículo, da cuenta de las formas de apropiación y expresión que tomaron los estudiantes franceses en el escenario que plantea la ciudad.

En cuanto a tipo de manifestaciones elegidas por los estudiantes, que Febbro denomina "bloqueos económicos", resalta la ocupación de ferrocarriles, el bloqueo a los accesos al aeropuerto, los cortes de autopistas, vías férreas y varios puentes, la ocupación de distintos locales de la administración y el levantamiento de barreras delante de centros económicos. Todas permiten pensar a la ciudad como espacio que visibiliza conflictos, luchas y, por qué no, consensos.

La estrategia planteada por la ciudad es atravesada por diferentes tácticas de los movimientos sociales. Como se evidencia, los mismos espacios son utilizados de maneras disímiles y con objetivos contrapuestos.

Frente a esto, el periodista toma una posición crítica respecto de la clase política en varios pasajes de su nota. Algunos de ellos son elocuentes. Por ejemplo, (haciendo referencia a declaraciones de Villepin): "Resulta siempre irrisorio escuchar a los dirigentes políticos del país hablar de una cosa mientras en la realidad ocurre otra muy distinta de la que no parecen estar al corriente".

En esta línea, remató su nota criticando a la clase política francesa y valorando la lucha de los jóvenes: "Lo cierto es que, sea en la derecha gobernante o en la oposición socialista, la clase política deja la extraña sensación de que ha pasado a formar parte de una casta a la que no le concierne la sociedad que debe administrar. Los dirigentes electos no dirigen y la oposición no se opone ni contrapropone ideas. En cambio, los actores sociales actúan".

<i>Suburbios en llamas</i> <i>Por Ignacio Ramonet</i>
--

De las periferias de París, los motines de los enfurecidos jóvenes marginados se han ido extendiendo hasta alcanzar casi todas las grandes aglomeraciones de Francia. ¿Por qué tanta violencia en un país que parecía proponer al resto de Europa un modelo de integración para los inmigrantes y un ejemplo de tratamiento social de la pobreza? Sin duda porque los Gobiernos sucesivos no han querido ver la gravedad de los

problemas de todo tipo -económicos, culturales, religiosos, sociales, étnicos- que se han ido acumulando, como en una olla a presión, en esos suburbios-basura cada vez más abandonados por los poderes públicos. Zonas sensibles Existen en Francia unas 750 zonas urbanas consideradas como sensibles, donde habita una población sobre todo de origen inmigrante procedente en particular del Magreb y de Africa subsahariana, y donde reinan la pobreza y la inseguridad. Barriadas muy degradadas, edificadas en la década de 1960, y en las que unos cinco millones de habitantes -de los 61 millones que tiene Francia- sobreviven en edificios de más de 9 plantas, calificados de ejemplo letal de barraquismo vertical. Las clases medias han ido abandonando estos suburbios y ahí, como en nuevos guetos, se han concentrado las minorías étnicas visibles, o sea, la población magrebí y subsahariana. Y como los inmigrantes extracomunitarios no pueden votar en las elecciones municipales si no adquieren la nacionalidad francesa, todas estas barriadas han sido olvidadas por los ediles locales, ya que no representan ninguna rentabilidad electoral. En muchas de ellas, a causa de las políticas neoliberales de recortes presupuestarios, no queda ninguna representación del Estado. Los servicios públicos o semipúblicos -correos, comisarías, hospitales, colegios, cajas de ahorros, líneas de autobuses...- se han ido retirando como consecuencia de la política ultraliberal de reducir los gastos públicos, las subvenciones a los servicios públicos y el número de funcionarios. A menudo, muchos comercios privados -bares, supermercados, farmacias- han hecho lo mismo como consecuencia de la subida de la inseguridad, de la pequeña delincuencia y del miedo. Discriminación territorial Y los honestos vecinos de esos suburbios, que ya debían soportar el racismo, tuvieron además que enfrentar la «discriminación de territorio». Si confesaban, respondiendo a una demanda laboral, que vivían en uno de esos barrios, no obtenían el puesto. De tal manera que esos territorios se constituyeron poco a poco en «zonas sin ley», donde para sobrevivir muchos jóvenes en paro se dedicaron a la delincuencia, al hurto, al robo de viviendas, a la reventa de objetos robados, o al tráfico de drogas... Y en vivero ideal para grupos islamistas radicales que aquí reclutan voluntarios para distintos frentes -Afganistán, Cachemira, Chechenia, Irak... Las autoridades, aunque no lo admitan, han preferido con cinismo cerrar los ojos durante años apostando que esta economía del delito mantendría la calma. En lugar de emprender una política de reconquista pacífica y social, el ministro del Interior, Nicolás Sarkozy, decidió apostar por la represión, con la esperanza de seducir (en la perspectiva de la elección presidencial de 2007) a los electores de la extrema derecha racista y xenófoba. Calificó, sin distinción, a los habitantes de esas barriadas de « hampa bruta » y declaró que iba a limpiar todo eso con «ácido puro». Grave error, que ha provocado esta primera rebelión nacional de los jóvenes pobres, marginados y discriminados. Lo cual recuerda las explosiones nihilistas de los barrios negros de Estados Unidos en los años 60 -en particular la de Watts, en Los Ángeles en agosto de 1965-. Como allí, en Francia estos motines sólo desaparecerán cuando el Gobierno lance por fin un verdadero plan Marshall para los suburbios. Notas:

### **Tema: marginación y discriminación**

En su artículo, titulado "Suburbios en llamas" publicado en Le Monde Diplomatique el 12 de noviembre de 2005, Ignacio Ramonet realiza un análisis sobre los hechos sucedidos en los suburbios de Francia protagonizados por los jóvenes excluidos de dicho sistema.

Lejos de hacer un relato o simple descripción de los hechos, Ramonet se dedica a lo largo de su artículo a desdrenar las causas que llevaron dicha explosión social. En el artículo se refiere a los diferentes tipos de discriminación que sufren los habitantes de los barrios periféricos de Francia.

La ciudad aparece ahora como ámbito en donde se manifiesta la discriminación hacia algunos grupos sociales. Denominaciones tales como centro y periferia (o suburbios), dan cuenta de diferentes posicionamientos, diversas formas de acceso, de ubicaciones espaciales divergentes y también, pone de manifiesto diversas formas de lucha y de visibilización social.

“¿Por qué tanta violencia en un país que parecía proponer al resto de Europa un modelo de integración para los inmigrantes y un ejemplo de tratamiento social de la pobreza?”, es la pregunta disparadora del artículo que se dividirá en dos temáticas: por un lado, la descripción de las “zonas sensibles” y, por el otro, la reflexión sobre la “discriminación territorial”.

Primer discriminación: la discriminación del Estado. Según Ramonet en Francia existen unas 750 “zonas sensibles” en las que sobreviven unos cinco millones de habitantes (sobre todo inmigrantes procedentes del Magreb y de África subsahariana) de los 61 millones que tiene Francia.

A lo largo de su artículo, el escritor esgrimió una serie de argumentos que ponen a los sucesivos gobiernos franceses como los máximos responsables de “los motines de los enfurecidos jóvenes marginados se han ido extendiendo hasta alcanzar casi todas las grandes aglomeraciones de Francia”.

En este sentido, Ramonet comenta que en muchas de estas “zonas sensibles” ya no hay representación del Estado, que evidencia entre otras cosas por la falta de prestaciones tradicionales brindadas por los servicios públicos. Rápidamente, trae la reflexión de que estos grupos sociales, por lo general inmigrantes extracomunitarios, no pueden votar sin no adquieren nacionalidad francesa, “todas estas barriadas han sido olvidadas por los ediles locales, ya que no representan ninguna rentabilidad electoral”.

Por otro lado, se suma a esta desprotección del Estado la ausencia cada vez más notoria del sector privado.

Además de la del Estado, estos grupos también sufren lo que el escritor denomina la “discriminación de territorio”. Según Ramonet, los habitantes de estos barrios, no pueden dar cuenta de esta realidad si pretenden alcanzar algún puesto laboral. Asimismo, de esta realidad se desprende otra: “las zonas sin ley”, en donde la delincuencia, el tráfico de drogas, etc., se han convertido en la única vía de subsistencia, en la “economía del delito”.

Para rematar su artículo, Ramonet vuelve a poner en el lugar de las autoridades a los responsables de estos hechos, ya que según él “han preferido con cinismo cerrar los ojos durante años apostando que esta economía del delito mantendría la calma”. Y, aún peor, reprimirlos para ganar adeptos de los sectores de la derecha racista y xenófoba.

Finalmente, a modo propositivo, ubica al Estado como único salvador de esta realidad. Y propone: “... en Francia estos motines desaparecerán cuando el Gobierno lance por fin un verdadero plan Marshall para los suburbios”.